

## Recensiones

P. Amiet, *Sceaux-cylindres en hématite et pierres diverses* (Corpus des cylindres de Ras Shamra-Ougarit II, Ras Shamra-Ougarit IX). Paris 1992. Éditions Recherche sur les Civilisations, 21 × 29,5, pp. 231.

En la presentación del primer volumen de este *corpus* de sellos-cilindro de Ugarit (cf. *Aula Orientalis* 2 [1984] 316) expresábamos la esperanza de ver reemplazada la ordenación meramente cronológica e inventarial del material por otra tipológica e iconográfica. Pues bien, en este segundo volumen su autor, después de aislar las 26 piezas más antiguas y foráneas, organiza el grueso del catálogo (27-450) según motivos iconográficos (cronológicamente, por otra parte, de difícil catalogación), reservando dos últimos apartados para los sellos de origen creto-chipriota (451-486) o inclasificables (487-555). En esta nueva clasificación se incluye también la serie en hematita publicada por Schaeffer en el primer volumen mentado, con lo que éste segundo se convierte así en un instrumento global para el estudio de la glíptica de Ugarit: solo quedan por integrar los sellos en loza que constituyen de por sí una serie estilísticamente cerrada en razón de su propio proceso de elaboración.

Si ya por su propia naturaleza el sello es una pieza de fácil transmigración entre diferentes estratos, de manera que su adecuada cronologización es siempre arriesgada desde el punto de vista de la arqueología, su estilística ofrece unas veces el fenómeno de lo arcaizante, fruto de unas técnicas que se perpetúan a lo largo de los siglos, y otras un esquematismo y elementalidad de trazado que eluden toda clasificación tipológica. Atrapado en este dilema de tiempo y estilo, el autor ha procurado aislar en lo posible series bien homogéneas, reduciéndose en otras a una simple clasificación temática. Cada una va precedida de una introducción que analiza el conjunto de características que la definen globalmente dentro del contexto socio-cultural de Oriente, para pasar luego a la catalogación de las piezas; de cada una se ofrece el contexto arqueológico y cronológico, las características materiales y, finalmente, la descripción formal.

La primera serie reúne cuatro sellos (nn. 1-4) atribuidos, por su estilística y proceso de elaboración, a los milenios IV-III. Interesante resulta el n. 4: ¿escena de 'juicio final' ante el divino juez Šamaš? (p. 10). – A la serie protosiria de principios del segundo milenio se adscriben los nn. 5-18, en los que el autor descubre un fuerte influjo de la glíptica anatólica, mientras el pequeño grupo siguiente (nn. 19-26) revela en su temática y estilo la marca de la gran glíptica paleo-babilónica. Algunos sellos llevan ya inscripción acádica; se menciona a los dioses Nin-shubur, Sin, Amurru y Adad. Se trata en general de piezas no muy llamativas, remodeladas en Ugarit, proceso éste que merecería una consideración aparte desde el punto de vista del comercio y la sociología: ¿por qué, cómo y bajo qué condiciones se podía apropiarse alguien de un sello ajeno? – Coincidiendo en el tiempo, inicios del segundo milenio, pero con personalidad propia, se inicia la glíptica siria clásica, de nítida y bella factura, con su peculiar representación de dioses y reyes

(nn. 27-44), tocados de bicornios y tiaras, respectivamente. La representación de 'Baal au foudre' y de la 'diosa siria' se torna recurrente. Una pieza como el n. 39 reproduce quizá la función mediadora de Baal en favor de la 'vida' de su fiel, mientras nn. 37-39 nos ofrecen diversas versiones de la panoplia empuñada por el dios de la tempestad (véase en p. 27 la descripción del Autor; cf. *supra* pp. 254ss, a propósito de la panoplia divina). – El período del Bronce Reciente testimonia el entrecruce y deterioro de las grandes tradiciones glípticas anteriores, así como la aparición del influjo mitánico, que propiciaron una vulgarización de las técnicas de incisión. Los resultados (nn. 45-60) no se dejan clasificar fácilmente por estilos y temas iconográficos, dominados éstos por la figuración de dioses y reyes. La utilización de la loza como material de base se impuso en este momento; las piezas de este tipo fueron recogidas en el primer volumen. – Homogeneidad estilística en la técnica de incisión y la temática se aprecia, en cambio, en la serie siro-palestina, así denominada en razón de su dispersión. Predomina la iconografía de animales, en fila o aislados (nn. 61-91). – Otra serie peculiar presenta unas características bien definidas de tipo estilístico, filiforme estilizado, y temático, derivado éste de la escena de caza con el rey sentado, de origen egipcio (nn. 92-139). Este influjo egitizante se aprecia en otros muchos motivos iconográficos. El autor los reagrupa en cuatro subseries en razón de sus afinidades iconográficas y técnicas de incisión; resalta la más pobre de todas (nn. 136-139 [corregir el texto]) por su tema de dos figuras enfrentadas a un árbol o arma situados en medio de ambas, motivo iconográfico que también puede apreciarse en piezas (nn. 128-129) del grupo general. El este caso el autor sugiere que podría tratarse de 'scènes de cueillettes', pero quizá podría verse aquí una figuración del acceso al 'árbol de la vida', vigilado por la divinidad; el n. 139 reúne sorprendentemente una simbología que tiene su correspondencia en Gn 2-3 (pareja, 'árbol' estilizado, animales, serpiente, más astros). – En razón de la diversidad estilística y material que presentan, dentro de una general carencia de calidad, el autor ha preferido agrupar la gran serie de sellos del Bronce Reciente, aparte de las categorías estilísticas más arriba mencionadas, en subseries iconográficas, más o menos coincidentes en el motivo representado. Si la clasificación no tiene gran valor del punto de vista de la glíptica como arte plástico, ofrece, en cambio, un cómodo instrumento de correlación con los datos literarios, por lo que a identificación de motivos y personajes se refiere. En este sentido son más interesantes que nunca las detalladas descripciones iconográficas de cada pieza que ofrece el autor – Tenemos así la serie de "genios y dioses" (nn. 140-183), en la que resaltaríamos la representación de Baal, dios de la tempestad (cf. p. 68 y nn. 157, 166, 167 y sobre todo n. 158); el autor resalta el sentido de un grupo de sellos de impronta al parecer horizontal (p. 69), cuyos orígenes iconográficos estarían relacionados con la representación de las aguas. Otros motivos, como la figuración de diosas, árbol sagrado, dioses gemelos, también resultan interesantes, aunque su representación no es tan precisa. – Las "escenas de culto" están ampliamente representadas (nn. 184-256): hombres ante dioses con o sin mesa de ofrendas; pero éstos no resultan fácilmente identificables; sus atributos, emblemas o animales relacionados no los distinguen con claridad; más imprecisa y esquemática aún es la representación del hombre. – "Procesiones y desfiles", que ya hemos encontrado en otras series en relación con animales, constituyen un motivo iconográfico muy característico y llamativo de la glíptica, de larga tradición, aisladamente o integrado en una escena más compleja (nn. 257-283). Puede tratarse de orantes o de soldados sin armas, en grupos de uno a cinco personajes, a modo de friso. La impersonalidad del motivo ha podido influir en el general esquematismo y tosquedad de la técnica empleada. Algunas piezas (p. e. nn. 282-3) corresponden verosímilmente a otro motivo. – Desfiles de guerreros armados abren también la siguiente serie iconográfica, no muy numerosa, de escenas de "guerra y guerreros" (nn. 284-300), de muy difícil interpretación. La presencia de figuraciones divinas y animalescas sugiere escenas de combates míticos, algunos relacionados por el autor (nn. 292, 294) con mitos ugaríticos (?). En este sentido, resulta muy significativa la pieza, de excelente factura, que cierra la serie (n. 300), a pesar del amontonamiento de elementos iconográficos, aparentemente incoherentes (cabeza, mano, disco alado, leona, escorpión, animales/árbol...), que acompañan a la figura armada de espada ('harpé') y lanza. – Un grupo de 15 sellos ofrece figuraciones de "carros" (nn. 301-315), que

en principio tanto podrían integrarse en escenas guerreras, anteriormente citadas, o de caza, de las que luego se habla. Tales figuraciones, aunque muy esquemáticas, permiten hacerse idea de la estructura de este artefacto y de su equipaje. El arma que blande el guerrero-auriga es el arco. No aparece representado, con todo, el grupo de tres que los textos literarios de Ugarit suponen como su equipo. ¿Cabría documentar alguna relación entre este motivo glíptico y sus propietarios (*tnn, mryn*)? – Las escenas de “caza” sin carro son más numerosas y se delatan por la presencia de un personaje armado, divino o humano, que se enfrenta a animales de todo tipo (nn. 316-342). La serie, como las anteriores, carece de unidad estilística y resulta con frecuencia difícil de categorizar. También en este caso el arma preferente es el arco. – Presente al parecer ya en ejemplares de la serie precedente es la que ofrece el motivo del “maître des animaux” (nn. 343-367, cuyo motivo original mítico-heroico ha sufrido una larga y confusa transformación: la figura del dios, diosa o ‘genio’ puede aparecer sola o acompañada, se presenta de pie o sentada sobre un taburete o animal, y se complica en su representación con rasgos animalescos muy diversos; a su vez, los animales que la flanquean, dispuestos simétricamente, representan especies diversas. – Las tres series siguientes: “hombres y animales” (nn. 368-397), “monstruos y animales” (nn. 398-426) y “árboles, guirnaldas florales y trenzados” (nn. 427-447), reagrupan motivos poco definidos que no pueden incluirse en las series precedentes. Entre sus múltiples composiciones cabría destacar la que presenta a un par de animales simétricamente enfrentados a un árbol (nn. 401, 404, 410, 419, 431, 432), que encontramos más arriba. – La serie siguiente recoge los sellos que presentan una inscripción (nn. 448-450). Teniendo en cuenta que el primero de ellos comporta también motivos ornamentales, y en todo caso en razón del significado que aquéllas tienen, se podrían haber recogido o elencado aquí otros sellos que ofrecen, junto al motivo iconográfico, inscripciones, tanto consonánticas (nn. 143, 183, 373, 412) como silábicas (nn. 20, 21, 23, 24, 25) en series anteriores. – Los sellos de presumible origen chipriota o cretense, por genéricas razones estilísticas, son agrupados en serie aparte (nn. 451-486), aunque los motivos iconográficos sean dispares. – Finalmente, la serie de piezas imperfectas, incabadas o no documentadas cierran la obra (nn. 487-555). Hubiera sido preferible limitarla a los de esta última categoría, como el mismo autor insinúa. – Bibliografía e índice de inventario acaban el libro; en aquélla se hechan de menos obras como la de H. Hamade-L. Hitchcock, *Cylinder Seals from the Collection of the Aleppo Museum I* (1987), mientras de agradecer hubieran sido índices de museos y colecciones, así como de tipo de material de las piezas.

Comparando éste con el precedente volumen del *corpus*, creemos que resultaba más cómoda la disposición adoptada en el segundo: foto y copia de cada pieza seguida de su descripción, en vez de la agrupación aparte de descripciones y reproducciones. El catálogo sistemático de los motivos iconográficos era también un elemento muy de apreciar del mismo.

Producen triste impresión las confesadas deficiencias técnicas de las que ha debido partir el autor para llevar a cabo su trabajo: escasa fiabilidad de los datos arqueológicos, falta de análisis mineralógico (!), imposibilidad de control directo de muchas piezas, fotografías viejas, deficientes y a diversa escala, dibujos con frecuencia imprecisos (p. 7). En una colección que pretende ofrecer de manera definitiva los hallazgos de Ugarit se esperarían otras providencias.

En general da la impresión de que el presente volumen ha sido confeccionado con una cierta premura, aunque con un mayor conocimiento de causa por lo que a la clasificación del material se refiere, como se deja ver en la distribución de las series y su discusión preliminar. Pero las deficiencias apuntadas no desvirtúan el valor básico de un estudio bien documentado que pone a disposición de los estudiosos una increíble colección de piezas provenientes de un solo yacimiento, de cuya importancia es magnífica expresión.

G. del Olmo Lete

C. Bonnet, *Melqart. Cultes et mythes de l'Héraclès tyrien en Méditerranée* (Studia Phoenicia VIII; Bibliothèque de la Faculté de Philosophie et Lettres de Namur 69), Leuven 1988, Uitgeverij Peeters / Presses Universitaires de Namur, 16,5 x 24,5, pp. 494 + cart. 13 + pl. 12.

Presentada como tesis doctoral en 1987 en la Universidad de Lieja, la presente obra se divide en dos partes netamente diferenciadas –testimonios y síntesis (pp. 9s)–, precedidas por un breve prefacio (pp. 1-17), que plantea la cuestión del método, y una introducción (pp. 19-23), que analiza el problema previo del nombre y genealogía de Melqart según los presenta la documentación antigua.

La parte primera (pp. 25-395) recoge y discute todos los testimonios, tanto textuales (autores e inscripciones, onomástica) como plásticos, sin duda los más numerosos (monumentos arqueológicos, estatuas, bajorelieves, cerámica decorada, estelas, numismática), que pueden tener o a los que se les ha atribuido una cierta relación con la presencia y culto del dios Melqart. En otros tantos capítulos se pasa revista a tal efecto a todo el ámbito mediterráneo: Tiro, Siria-Palestina, las zonas limítrofes, Cartago y la costa africana, la Península ibérica e Ibiza, la Península itálica y sus islas adyacentes, Chipre y, finalmente, Grecia. La autora se entrega a una minuciosa búsqueda y captura de todo dato e indicio que asegure o haga presentir la presencia de Melqart. No desdeña las más inverosímiles interpretaciones que a tal efecto se hayan adelantado. El resultado es con frecuencia decepcionante y se asiste una y otra vez al mismo proceso de exclusión. En este sentido llama la atención la implacable valoración crítica a que la autora somete los materiales aducidos por opiniones demasiado apresuradas de identificación, sobre todo iconográfica; no se deja llevar por el amor a su 'héroe' (aun en casos tan llamativos y sugestivos como el de Chipre, p. 341; cf. pp. 412ss.), atenta siempre a la ambigüedad que los testimonios pueden ocultar y que la misma figura conlleva, por semejanza y por asimilación: representación del dios fenicio Melqart o del héroe divino griego Heracles/Hércules, con frecuente intercambio de atributos. De hecho, toda nuestra historiografía fenicia está intrínsecamente helenizada, incluso a propósito de Tiro y sus cultos, matriz de la figura de Melqart. Como muy bien precisa la autora, estamos desgraciadamente condicionados "par l'inévitable détour à faire par l'hellénisme ou le judaïsme pour appréhender les réalités des cultes phéniciens" (p. 40).

Este es el gran tema hermenéutico que atraviesa toda esta primera parte: distinguir con sumo cuidado los datos o rasgos que pertenecen a una u otra figura (cf. p.e., 346, 350, 371, a propósito de los testimonios provenientes de territorio griego). Quizá un tratamiento tipológico-temático de los testimonios hubiera proporcionado resultados más claros y sintéticos, menos iterativos. Pero hubiera perdido, sin duda, la claridad y comodidad de uso que el ordenamiento geográfico proporciona. En todo caso, es de admirar la descomunal erudición que la autora despliega a propósito de los más diversos temas – lingüísticos, literarios, arqueológicos e histórico-religiosos–, que aquel recorrido geográfico suscita. Así como sorprende la vasta información bibliográfica que proporciona; aunque a este propósito siempre cabría esperar la citación de alguna que otra obra que uno piensa también hubiera merecido ser tenida en cuenta. Por ejemplo, la edición de Attridge-Oden (1976) y los estudios de éste último (1977) sobre el *De Dea Syria* (p. 65, n. 167); la tesis, de similar factura a la presente, de Padró (1980-) sobre los objetos egipcios o egipizantes aparecidos en el levante ibérico (p. 161, n. 93); mientras otros estudios, como los de Sass (1988), Dietrich-Loretz (1988) y Bernal (1990) sobre los orígenes del alfabeto (p. 344, n. 11) no pudieron ser utilizados por la autora a la hora de componer su disertación, así como tampoco la discutida obra de éste último sobre la relación cultural oriente-occidente (1987-). Más objetable me parece la facilidad con que se acepta la *opinio communis* sobre el sentido de *hmn* en las inscripciones de Umm el-<sup>c</sup>Ammed (pp. 124ss.) y la interpretación que se da o se asume, sin discusión, de algunos textos ugaríticos: p. e. 2.38 (p. 161, n. 96); 1.127 (p. 227, n. 149); mientras a propósito de la 'caldera' se podría aducir también 1.23:31, 36 (pp. 64s.; cf. p. 111).

Las 40 páginas de síntesis de la segunda parte (pp. 397-438) forman el contrapié de las 400 de

análisis y recogida de materiales de la primera. Se traza con nitidez en ellas el cuadro de las correlaciones que aproximan a las dos figuras, el griego Heracles y el fenicio Melqart, y que han favorecido la asimilación de éste a aquél: ambos aparecen como patronos de las respectivas colonizaciones y receptores de un culto funerario típico de los héroes/reyes divinizados. Pero se da un paso más allá, buscando los orígenes semíticos de la figura del dios fenicio, el Rey/Baal de Tiro, en la figura y culto de *mlk* y los *mlkm*, las divinidades regio-ancestrales. Esta vinculación de la figura de Melqart con la ideología regia cananea del segundo milenio y su culto de los reyes muertos y divinizados resulta altamente convincente y fecunda. Sitúa de ese modo la religión fenicia del primer milenio en una línea homogénea de continuidad y evolución dentro de la misma tradición religiosa y mitológica, como es lógico suponer, aun admitiendo una peculiar configuración posterior.

Estamos, pues, ante un trabajo serio y riguroso que ha de permanecer por mucho tiempo como la obra de referencia obligada y básica para cualquiera que haya de ocuparse de la divinidad poliada de Tiro, presente, a su vez, en todo el ámbito de expansión fenicia.

G. del Olmo Lete

J.-F. Breton, ed., *Fouilles de Shabwa II – Rapports préliminaires* (Institut français d'archéologie du Proche-Orient, Publication hors série, n.º 19). Paris 1992, pp. 431.

Après la publication des inscriptions de la région de Shabwa par J. Pirenne, voici un second volume édité par le directeur de la mission archéologique française, J.-F. Breton, avec l'aide d'une douzaine de collaborateurs. Il s'agit d'une série d'études préliminaires, destinées à donner une première idée des résultats obtenus, en attendant la publication définitive.

Un premier chapitre, dû à P. Gentelle, est consacré à une description approfondie des systèmes d'irrigation antiques: étude géologique, traces des anciens périmètres irrigués, phases successives des réseaux d'irrigation, ouvrages hydrauliques divers. Une vanne porte une inscription que P. Gentelle date du II<sup>e</sup> siècle avant notre ère (p. 26); il faut noter que J. Pirenne, dans *Fouilles de Shabwa I*, p. 60, date le même texte "vers 200 de notre ère". Le seul critère est malheureusement la paléographie: à première vue, la datation de P. Gentelle paraît plus vraisemblable.

Deux maisons rurales, situées en bordure d'un périmètre irrigué, ont été fouillées: elles font l'objet d'un bref compte rendu de R. Audouin.

La suite du volume, consacré à la ville même de Shabwa, est constitué de rapports de fouilles ou d'études de détail, encadrés par trois chapitres de synthèse de J.-F. Breton. Celui-ci présente le site, tout d'abord au travers des témoignages des auteurs classiques, Strabon et le *Périple de la Mer Erythrée*, puis tel qu'il se présente actuellement.

L'architecte Ch. Darles étudie ensuite l'architecture civile, à commencer par le plan de la ville. On peut distinguer divers types d'édifices: mur d'enceinte, temples, tombes, maisons rurales, maisons de ville, ouvrages d'irrigation. Plus de 100 bâtiments ont été identifiés à l'intérieur de l'enceinte. Ils sont suffisamment semblables pour que Darles puisse en présenter une étude synthétique, examinant tour à tour l'implantation, les dimensions, les techniques de construction, les matériaux.

La découverte la plus spectaculaire des fouilles françaises fut celle du palais royal, et c'est à elle que sont consacrées les cinq contributions suivantes (chantier V). L'étude architecturale préliminaire (mais déjà bien approfondie pour le non spécialiste) en est conduite par J. Seigne. Elle nous donne pour la première fois une idée d'un palais sudarabique. A dire vrai, le palais royal de Qatabān, à Timna<sup>c</sup>, a été fouillé par les Américains il y a quarante ans, mais cette fouille n'a jamais été publiée, et d'ailleurs les archéologues de l'époque avaient pris ce palais pour un temple. La décor architectural, ainsi que les petits objets trouvés durant les fouilles (essentiellement bronzes et ivoires) sont présentés par R. Audouin. E.

Will, en une brève note, met en évidence les principales caractéristiques de ce matériel, et cherche à dégager les différentes influences qui s'exercent sur l'art sud-arabique vers le III<sup>ème</sup> siècle de notre ère. Enfin J.-Cl. Béal étudie une centaine de fragments d'ivoire, dont l'un porte une inscription, et dont un certain nombre auraient pu appartenir à un coffret. Il attribue ces fragments à une date assez tardive, pas antérieure au IV<sup>ème</sup> siècle de notre ère. Pour conclure, J.-F. Breton tente de retracer l'histoire de ce bâtiment: même si aucune inscription le désignant comme tel n'a été trouvée durant la fouille, il ne fait guère de doute qu'il s'agit du palais royal du Hadramawt, dont l'inscription Ir 13 nous a révélé le nom, *Šqr*. Breton distingue deux phases de construction antérieures au sac du château par les troupes du roi sabéen Šaʿr Awtar, vers 225 de notre ère. Puis le château fut réaménagé, avant d'être victime d'un violent tremblement de terre. Cependant, on voudrait être sûr que l'existence même de ce séisme est indépendante de l'interprétation que l'on donne de l'inscription RES 4912 = Ja 949. Car les deux interprétations les plus autorisées de ce texte, celles de A. F. L. Beeston (*PSAS* 12, 1982, 7-13) et de J. Ryckmans (*Festschrift J. Henninger*, 1976, 271-275), s'accordent pour voir dans la forme *šydmn* une erreur pour *šydhn*: il n'est donc pas question de "séisme", mais de "chasse". De même, la mention de la pose d'un toit et d'un dallage doit être abandonnée: c'était la traduction proposée avant qu'on ne sache que *Šqr* n'est autre que le nom du palais royal. En réalité, la seule phrase de RES 4912 qui se rapporte au palais est *br' bytn Šqr*, "il a bâti le palais *Šqr*". En annexe, Breton donne un tableau des datations au C14 faites à partir d'échantillons provenant de la fouille: on ne peut pas dire que ce tableau soit lumineux, et de fait Breton se montre très prudent lorsqu'il s'agit de dater les différentes phases de construction, ou les couches de destruction. La seule date relativement précise est celle de la prise du château par Šaʿr Awtar, connue grâce à l'épigraphie. Un second tableau donne la liste des 15 (et non 16) inscriptions découvertes durant la fouille. (Signalons que 11 n'est pas une stèle funéraire, mais une table à libations, et que 14 date du III<sup>ème</sup> siècle *avant* J.-C. et non *après*). Plusieurs sont de petits fragments (12-16), la plupart sont des trouvailles fortuites, sans rapport avec le château: c'est le cas des stèles funéraires (7-10); une dédicace provient expressément du temple de Syn *d'lm* (4). Seul 5 provient du mobilier du château (inscription sur ivoire), et peut-être 11 (table à libations). Deux graffites, sur des blocs du bâtiment A (2-3), doivent être des signatures d'occupants tardifs. Finalement, une seule inscription pourrait rappeler des travaux de construction (6).

Les chapitres suivants présentent différents chantiers de fouille de moindre envergure. L. Badre, après J. Pirenne, a dirigé un sondage stratigraphique, qui a mis en évidence 14 niveaux d'occupation, sur une hauteur de près de 12 mètres (chantier VII). Le plus ancien remonterait, d'après le C14, au XVI<sup>ème</sup> siècle av. J.-C., le plus récent au II<sup>ème</sup> ou III<sup>ème</sup> siècle de notre ère. L'auteur offre ensuite un classement typologique de la poterie, illustré par plus de 30 pages de tableaux et de figures.

J.-Cl. Roux a fouillé un groupe de bâtiments situés hors les murs, dont la destination n'apparaît pas clairement (chantier XIII), ainsi qu'une tombe-caverne (chantier IX).

Les derniers chapitres étudient diverses catégories d'objets: autels à encens, dont une quarantaine ont été trouvés à Shabwa, par J.-F. Breton et A. Batayâ; perles et sceaux, par H. M. Morrison; enfin les monnaies, par S. C. H. Munro-Hay, qui a joint aux trouvailles de la mission archéologique française l'ensemble des monnaies du Musée d'Aden. Les transcriptions des noms des souverains sudarabiques attestés sur les monnaies ont été quelque peu maltraitées: il faut lire <sup>c</sup>MDN BYN YHQBD, et <sup>T</sup>RN Y<sup>c</sup>B YHN<sup>c</sup>M.

Dans un chapitre final, Breton trace un parallèle entre le devenir historique de Shabwa et celui des autres capitales sudarabiques. Sa période de plus grande prospérité se situe aux premiers siècles de notre ère, alors que les villes du Ġawf ont, semble-t-il, perdu toute importance. Seules peuvent probablement rivaliser avec elle à cette époque, Mârib et Timna<sup>c</sup>. Mais la comparaison est difficile, car à Mârib seuls ont été explorés deux temples situés hors les murs, et les fouilles de Timna<sup>c</sup> n'ont jamais été publiées.

F. Bron

G. Bunnens, edit. *Tell Ahmar. 1988 Season* (Abr-Naharain Supplement Series, vol. 2. Publications of the Melbourne University Expedition to Tell Ahmar, vol. 1), Leuven 1990, Uitgeverij Peeters, 21 x 29,5, pp. 151.

Se describen en este volumen los resultados de la primera campaña de excavaciones que el equipo de arqueólogos del Departamento de Estudios Clásicos y del Medio Oriente de la Universidad de Melbourne llevó a cabo, bajo la dirección de G. Bunnens, entre el 21 de mayo y el 10 de junio de 1988, en Tell Ahmar junto al Eufrates, la antigua Til Barsip de los textos académicos, llamada también ocasionalmente Kar-Shalmaneser después de la conquista de Salmanasar III en el año 856 a.C. Tras un capítulo inicial en que Bunnens nos comenta los fines y la metodología de su proyecto arqueológico y resume la historia de Tell Ahmar en la literatura científica reciente, pasa en el cap. 2.º a exponernos la secuencia estratigráfica de las estructuras excavadas en el Area A (la Acrópolis del tell), en una demarcación contigua a las trincheras abiertas por F. Thureau-Dangin en los años 1928-1931. En esta Area A se abrieron dos trincheras, una de 4 m x 9.5 m (Locis 1,2 y 7) y otra de 4.5 m x 9.5 m (Locus 8), separadas ambas por un muro testigo de 1 m de ancho. En ellas aparecieron siete estructuras parciales de adobes, pertenecientes a cuatro estratos (períodos de ocupación) sucesivos. Se trata de habitaciones de carácter doméstico, a juzgar por el agujar en ellas recuperado (restos de hogares y cerámica de cocina). En la estructura I del Locus 8 se encontró el enterramiento (¿de un adulto?) en postura fetal asignado con reservas a la segunda fase del estrato A. A juzgar por la cerámica en ellas recogida, estas siete estructuras pertenecen uniformemente al horizonte cultural del Bronce Antiguo I y/o II. A esta cerámica del Bronce Antiguo dedica A. Jamieson un minucioso estudio en el cap. 3, el más extenso y sin duda el más señalable del volumen. Aunque se trata de un repertorio de formas relativamente restringido y no podemos consiguientemente atribuirle un valor altamente representativo, dada la escasa dimensión de las trincheras excavadas y la uniformidad de las estructuras encontradas, la investigación de Jamieson es sin duda una importante aportación y un punto de referencia muy útil para el conocimiento de la primera cerámica del Bronce Antiguo que se fabrica en la cuenca del Eufrates de la Siria del Norte, justamente en el momento histórico en que, al final de Calcolítico Tardío, se eclipsa en esta región el modelo cultural de Uruk-Yemdet Nasr. Cabe señalar, sin embargo, que, si se admite la existencia de los dos Períodos, Bronce Antiguo I y II, como fases cerámicas adecuadamente diferenciadas, tal vez resulte excesivo fijar la cronología de estos cuatro estratos de Tell Ahmar en un arco de tiempo tan extenso como toda la primera mitad del tercer milenio (Bronce Antiguo I y II). La simple lectura de los fragmentos reproducidos en las Figuras 19-48 nos inclina a restringir la datación de la cerámica del Area A, asignándola simplemente al Bronce Antiguo I. En ellas no figuran los boles con perfil "kyma recta" y las bases con anillo incipiente (Fig. 41:9 es una excepción), que suelen considerarse como tipos diagnósticos del Bronce Antiguo II. Por otro lado, si exceptuamos el bol de borde biselado (Fig. 43:7, estrato D), proveniente quizá del nivel inferior Calcolítico Tardío, todo el resto de formas cerámicas del Area A es perfectamente homologable como perteneciente al Bronce Antiguo I. Las jarras con "reserved slip" en trazaos diagonales (Figs. 44-45), la "lug handle" perforada (Fig. 43:6), el fragmento pintado con la técnica del "multiple brush" (Fig. 46:3), el decorado con rombos incisos (Fig. 46:15), y, en fin, los mismos boles hemisféricos (Fig. 20) y los de borde extrovertido (Fig. 21), estos últimos considerados por G. Algaze y R. H. Dornemann como precursores de los de perfil "kyma recta", tienen su correspondiente paralelo en la Fase G. del Amuq y deben, por consiguiente, ser considerados como anteriores al Bronce Antiguo II, dentro del Período Dinástico Antiguo I.

En el cap. 4 G. Wightman recoge los resultados de un pequeño sondeo (4.5 m x 2.0 m) hecho en el Area B, situada en la terraza intermedia entre la Acrópolis y la ciudad baja. Sin apenas restos arquitectónicos, el conjunto de la cerámica recogida en esta trinchera pertenece a los períodos Medio- y Tardo-Romano (siglos 2.º al 5.º p.C.), si bien algunos fragmentos demuestran igualmente que existió una ocupación más antigua en las épocas helenística y neo-asiria. Tres piezas halladas en superficie son

comentadas en el cap. 5 por A. Roobaert y M. Trokay y en cap. 6 el mismo A. Roobaert nos ofrece la descripción y el análisis estilístico de uno de los leones de basalto neo-asirios que guardaban la puerta nor-oriental de la ciudad y que fueron colocados allí por el "tartanu" Shamsi-ilu, entre los años 781 y 774 a.C., según reza la inscripción en ellos grabada. En el cap. final F. Hill y A. Kh. Kazi recogen los datos de una encuesta socio-antropológica realizada entre el vecindario actual de Tell Ahmar. La presentación del volumen tiene muy buena calidad tipográfica a la que acompaña un texto en todo momento preciso y claramente inteligible. Por todo ello, no nos queda sino felicitar al equipo australiano por el buen rigor científico con que está realizando sus trabajos y desearles los felices resultados que su esfuerzo y entusiasmo merecen.

E. Olívarri

J. L. Cunchillos, *La trouvaille épigraphique de l'Ougarit 2. Bibliographie* (Ras Shamra-Ougarit V; "mémoire" n.º 87). Paris 1990, Éditions Recherche sur les Civilisations, 20'5 x 29'5, pp. 202.

In Madame A. Herdner's edition of the alphabetic tablets from Ras Shamra which we all refer to as *CTA*, separate bibliographies are provided for a large number of texts. These references have since been supplemented by bibliographies scattered in various editions, re-editions and translations of the Ugaritic tablets. In addition, there have been finds outside Ras Shamra, notably at Ras Ibn Hani. It would be very useful to have at one's fingertips a list of publications for each of these documents, including those in languages other than Ugaritic. Cunchillos has seen this need and is well on his way to meeting it, beginning with the present volume, which deals with inscriptions on clay tablets (although stelae and stones are also included in the chapter on Ugaritic).

Chapter I covers Sumerian texts, grouped as follows: religious, literary, economic, lexical and scholastic. The next chapter, on Akkadian texts, has the additional categories of letters, legal texts and miscellaneous. Chapter IV (only one page) is concerned with two Hurro-Akkadian texts while Hurrian texts (alphabetic and syllabic) are dealt with in the following chapter. Then come chapters on texts in Hittite, Cypro-Minoan and the syllabic texts from Ras Ibn Hani. Listed last are studies on the texts written in Ugaritic in these categories: religious, letters, legal, economic, school, small inscriptions, indeterminate genre, illegible, texts not included in KTU (chiefly from RIH) and multilingual dictionaries.

The indices list texts according to their RS or RIH number, plus those few found outside the territory of Ugarit, and then by KTU number, making for ease of reference. The abbreviations used for series and periodicals are provided in the opening pages. A photograph of RS 12.63 appears on the title page.

Each entry comprises excavation number, reference to the *editio princeps* (where applicable), and general bibliography, often with some indication for content. Since every bibliographical reference is given in full there is quite a lot of duplication, even on the same page, but it makes this work user-friendly. For certain classes of text, after the excavation number, there is a brief description, e.g. after RS 17.137: "Acte juridique international devant témoins" (p. 59).

TEO 2<sup>1</sup> covers the period up to 1985 (though there is at least one item dated 1987, p. 130). In the Introduction (p. 8) the author notes: "Un supplément périodique maintiendra à jour la *Bibliographie*. Ce supplément nous donnera l'occasion d'introduire les oublis éventuels relevés par nos lecteurs". We can only look forward to these supplements, particularly as so much has been achieved since 1985. The following mistakes have been noted: p. 116, under KTU 1.23 (Trujillo): read "Johns Hopkins"; p. 127, under KTU 1.123:5, Coote's initials are R.B.; p. 170, under KTU 4.767, correct to "Weippert".

W. G. E. Watson

1. For a review of TEO 1 see AuOr 8 (1990) 142.

H. de Contenson, *Préhistoire de Ras Shamra. Les sondages stratigraphiques de 1955 à 1976 I – Texte. II – Figures et planches* (Ras Shamra-Ugarit VIII). Paris 1992, 21 x 30, pp. 283 + 421.

La investigación arqueológica de los niveles prehistóricos de Ras Shamra ha ocupado un lugar marginal en la exploración del tell, centrada en el nivel de ocupación del BR. Después de diversos tanteos llevados a cabo a partir de 1953, en la acrópolis y en el palacio real, el sondeo (SH) realizado por H. de Contenson en la citada acrópolis ([1955-]1962-1976) fijó definitivamente la significación e importancia de aquellos niveles. Los resultados del mismo se recogen en estos dos volúmenes, integrados con los de los sondeos previos en una visión global de la prehistoria de Ugarit.

La obra ofrece un carácter sumario e inventarial, ceñida a una descripción objetiva de los hallazgos. Así, después de una sucinta exposición de la historia de esta investigación y su método, se ofrece un amplio capítulo sobre la organización estratigráfica (niveles V-II, con diversas fases) y las estructuras de ocupación, con especial atención a las estructuras edilicias, reservando para capítulos sucesivos el estudio de los objetos o 'útiles' hallados. El nivel V (Neolítico, s. VI) ofrece una progresiva evolución en el desarrollo de la cerámica, las estructuras de habitación, los procesos de producción agropecuaria y las industrias artesanales. El IV, el más ampliamente documentado (Calcolítico, s. V) ofrece una organización urbana más precisa, quizá amurallada, y la cerámica testimonia la impronta halafiana, mientras otros restos certifican el desarrollo de la cultura material en sus diversos aspectos. El nivel III (Bronce Antiguo, ss. IV-III) testimonia un período de decadencia y transición, que se va remontando en la cultura material; aparece la cerámica obeidina y la metalurgia del cobre, la arquitectura y urbanización progresan de manera clara con el empleo masivo de la piedra para cimentación; abocará el período a un proceso de producción industrial de la cerámica y a una economía de almacenamiento, como testimonian los numerosos silos excavados que comenzaron a emerger en la anterior. Al final de la excavación nos hallamos ya claramente en contexto histórico-cultural (Bronce Medio).

Los capítulos sucesivos recogen y catalogan, según su materia base, los materiales sumariamente inventariados en el precedente al ritmo de su localización. Así, el c. segundo recoge y analiza el "outillage en pierre taillée", según tipos, materia y técnica de elaboración, correspondiente a cada uno de los niveles mencionados. Siguiendo este mismo esquema y secuencia el c. tercero elenca el "outillage en pierre taillée", así como el cuarto el "outillage en pierre piquetée ou polie". La enumeración y descripción es exhaustiva y el especialista encontrará los detalles precisos de cada pieza.

Después del material lítico, los cc. cuarto, quinto y séptimo elencan los enseres/útiles en otros materiales: "outillage en os et coquillage", "outillage en terre cuite", "outillage en métal". Por su parte, el c. sexto se dedica a la "céramique", analizando tipología, texturas, decoración y material de la misma. Su significación es determinante para conocer, mejor que por ningún otro parámetro, la correlación cultural de Ugarit con su entorno siro-anatólico y mediterráneo. La descripción de las piezas y su catalogación va acompañada de una amplia reproducción gráfica en el segundo volumen (pp. 150-249, así como la relativa a las estructuras edilicias y estratigrafía (pp. 31-94) y la correspondiente a los demás útiles (pp. 95-149). A tal presentación gráfica sigue la reproducción fotográfica de una amplísima selección de materiales (pp. 253-419). El volumen primero se cierra con una serie de "études de laboratoire" sobre restos de flora y fauna, arcillas utilizadas en la cerámica, evolución ecológica del lugar, así como con otra de tabulaciones, según sus caracteres analíticos, de los materiales elencados en los cc. dos al siete. A estos estudios de laboratorio se deben añadir las repetidas referencias, a lo largo del c. segundo, a análisis del carbono 14 que han esclarecido la cronología.

La obra en su conjunto proporciona una visión muy esclarecedora y riquísima en datos de los más antiguos estratos de habitación de Ugarit, a pesar de basarse únicamente en sondeos y no en una excavación sistemática de los respectivos niveles, excavación reservada en este caso al del BR, época de florecimiento de la ciudad. Ésta posee una larga prehistoria que se remonta al Neolítico precerámico, cuyo

desarrollo y evolución pueden ser seguidos de manera lúcida y documentada gracias al presente trabajo de De Contenson. En ese sentido constituirá, sin duda, una referencia obligada para el estudio de la prehistoria de Siria en su totalidad.

G. del Olmo Lete

G. Godron, *Études sur l'Horus Den et quelques problèmes de l'Égypte Archaique* (Cahiers d'Orientalisme, XIX), Genève 1990, Patrick Cramer Éditeur, 21,7 x 30,3, pp. 244 + lám. XVIII.

El Horo Den es, actualmente, el rey mejor conocido de la Dinastía I, y probablemente se trate también del soberano más importante de la misma. La documentación que le concierne no es, no obstante, fácil de manejar, y por esta razón las interpretaciones diversas a que ha dado lugar son muchas veces llamativamente dispares.

El libro del que ahora nos ocupamos, que en su día fue presentado como tesis doctoral por el autor en la Universidad de Lyon II, recoge y estudia esta documentación. No se trata, sin embargo, de una exposición seguida de nuestros conocimientos sobre el reinado de Den, de una síntesis en suma de lo que sabemos de esta época, sino que el libro está concebido como una enumeración de los problemas planteados por los documentos históricos llegados hasta nosotros.

Todos los capítulos de la obra tienen una estructura similar: cada uno de ellos plantea un problema concreto, se presenta la documentación existente y las diversas hipótesis emitidas al respecto de la forma lo más objetiva posible, se discuten una por una y se llega a una conclusión. Así, al final de cada capítulo el autor nos expone cuál es, en su opinión, la solución que él cree más acertada al problema presentado.

El primer capítulo está consagrado a la lectura y al significado de los dos nombres del rey, problema particularmente irritante como el autor mismo reconoce en el prefacio. Con respecto al nombre de Horo el autor descarta, sobre todo, la lectura Udimu para adherirse, creo que con argumentos concluyentes, a la lectura Den, cosa que por lo demás ya nos podíamos imaginar gracias al título del libro. Pero el autor va más allá al proponer para este nombre la traducción "El Matador" o "El Masacrador", en alusión al carácter guerrero del monarca. En cuanto al nombre de *nswt-b'it*, el autor propone transliterarlo *H3sty* y traducirlo por "El Extranjero", o mejor "El Sinaítico", en alusión a su victoria militar sobre las poblaciones del Sinaí, del mismo modo que Escipión se convirtió en "El Africano".

El segundo capítulo es indudablemente el más importante del libro y se refiere al estudio y traducción de un grupo de tablillas pertenecientes al Horo Den. Para la lectura de los cuatro registros del lado derecho de estos difíciles documentos, el autor propone que estén escritos en bustrofedon.

El estudio de este grupo de tablillas ha facilitado, a su vez, el de las estelas procedentes del complejo funerario de Den en Abido, que es presentado en el capítulo tercero.

Los dos capítulos siguientes estudian diversos aspectos referentes a Den que se encuentran en tradiciones recogidas por las diferentes listas reales, incluidos Manetón y Eratóstenes, así como por el *Libro de los Muertos* y ciertos papiros médicos.

Uno de los capítulos más largos del libro, después del consagrado a las tablillas, es el sexto, en el cual el autor estudia detenidamente y traduce los fragmentos de los anales de Den conservados en la Piedra de Palermo, midiendo con precisión la extensión de las lagunas y obteniendo conclusiones cronológicas.

Puede decirse que en los últimos capítulos del libro el autor intenta resolver algunos de los problemas de índole histórica que la documentación analizada en los capítulos anteriores le ha planteado. Así, en el séptimo presenta la hipótesis de que los *'Iwnwt*, poblaciones no egipcias indeterminadas y que

rodearían Egipto, tomen su nombre de la raíz *t'wn*, literalmente "montón". En el octavo estudia la plaqueta MacGregor, procedente probablemente de la necrópolis de Abido, de donde habría sido robada en el curso de las excavaciones. En el noveno, las relaciones con el Sinaí en época arcaica. Y otros detalles históricos en los siguientes, entre los que destaca la posibilidad de que algunos autores clásicos hubiesen visto la Piedra de Palermo. En el capítulo XIII el autor plantea la posibilidad de que el título real *nšwt-b't* fuese creado por el Horo Den a mediados de su reinado, y como resultado de su campaña victoriosa en el Sinaí, ya que el nombre adoptado por Den como Rey del Alto y Bajo Egipto fue Jasty que, recordémoslo, cabe traducirlo por "El Sinaítico". Hay que insistir en el hecho de que el autor no duda que Den fue el primer soberano de Egipto que ostentó este título y nombre del protocolo faraónico. En el capítulo XIV, por último, el autor niega que la fiesta Sed, documentada por primera vez en el reinado de Den, sea originariamente la "fiesta de los treinta años", sino más bien la "fiesta de las decenas de años".

La obra acaba con un capítulo de síntesis y conclusiones, del que personalmente quiero destacar la cronología sumaria del reinado, y una serie completísima de índices que comprende las referencias bibliográficas citadas.

El libro está cuidadísimamente impreso y su texto constituye una excelente edición, cosa a la que ya no estamos acostumbrados últimamente y que por ello es aún más de agradecer. Las láminas, agrupadas al final del volumen, poseen asimismo una gran calidad fotográfica y todo ello, junto a la solidez de la exposición del autor, hacen de este trabajo un eslabón esencial para nuestro conocimiento del Período Tinita. Tan sólo un aspecto meramente formal y accesorio me parece mejorable, y es la poca claridad de las referencias a las láminas del libro dentro del texto. Por el contrario, cuestiones como la continua reivindicación de la historicidad de tradiciones referidas a época arcaica, negadas gratuitamente por algunos egiptólogos, me parecen del mayor interés y creo que abren unas perspectivas de investigación que están empezando a ser confirmadas por la incipiente arqueología del Delta.

El autor alude en más de una ocasión al hecho de que él, especialista en época copta, haya seguido los pasos de Amélineau, coptizante como él mismo y descubridor de la necrópolis real tinita en Abido a finales del siglo XIX. Esta feliz coincidencia ha hecho que los dos eruditos franceses se hayan encontrado, casi con cien años de distancia el uno del otro, estudiando las más antiguas y las más recientes manifestaciones de la civilización egipcia. Si he querido acabar mi recensión comentando esta circunstancia, es para poner de manifiesto lo que Godron sólo ha hecho implícitamente: que toda la obra constituye un homenaje reivindicativo de los trabajos de Amélineau. Es, en todo caso, un excelente homenaje el que el autor ha dedicado a su predecesor.

J. Padró

E. Lipiński, ed., *Carthago. Acta Colloquii Bruxellensis habiti diebus 2 et 3 mensis Maii anni 1986* (Studia Phoenicia VI). Leuven 1988, Uitgeverij Peeters, 17 x 24'50, pp. 280.

El volumen recoge una serie de contribuciones que de manera inorgánica, sintética unas veces y otras particularizada, tratan del origen, organización socio-económica y pervivencia de Cartago, tal y como nos permiten reconstruirlas la documentación histórica y las excavaciones arqueológicas; se ofrece incluso el estudio de algunas piezas que aquéllas han sacado a la luz últimamente.

De trazar el balance de la exploración *arqueológica* se ocupan dos estudios. A. Ennabli ("Carthage. La campagne internationale: aspects puniques", pp. 51-59) destaca cómo, frente al "método" expoliador

de la arqueología dedicada a la búsqueda de objetos, que había devastado las ruinas de Cartago, arruinándolas aún más, una nueva situación se creó a partir de 1972, cuando una gran campaña internacional se empleó en la exploración sistemática de los estratos de la antigua Cartago. El autor hace el recuento de los principales trabajos realizados y de sus hallazgos, tanto al pie como en las laderas de la colina de Birsa, en los puertos (cuya construcción y estructura ha podido clarificarse), el *tophet*, etc. Han sido puestos de manifiesto importantes vestigios de época púnica. Las autoridades arqueológicas de Túnez se han encargado de garantizar la conservación de los monumentos descubiertos y establecer por vía legal una reserva arqueológica de unas 500 ha. para futuras excavaciones, así como de organizar un gran museo de la civilización púnica. – Por su parte S. Lancel (“Les fouilles de la Mission archéologique française à Carthage et le problème de Byrsa”, pp. 61-89), que excavó la vertiente sudeste de la colina de Birsa, analiza de manera competente y exhaustiva el problema, todavía no resuelto, de su identificación, tratando de confrontar los datos de la documentación histórica antigua con los de la arqueología. Si incierto es el nombre primitivo de la ciudad, tampoco resulta clara, a partir de los testimonios clásicos, que se refieren todos al último momento de la ciudad púnica, su estructura urbana: acrópolis, centro-ciudad (antigua), nuevos barrios: la denominación *Byrsa* se aplica de modo ambiguo (sentido estricto y lato) a los dos primeros ámbitos. Estos datos parecen confirmados por la arqueología desde una interpretación más rigurosa de los restos de muros encontrados, desde el siglo pasado, en las diferentes excavaciones. Los últimos trabajos permiten, sobre todo, precisar la estructura de la ciudadela o *Byrsa* en sentido estricto y descubrir vestigios de su destrucción, que si no confirman, al menos no contradicen el testimonio de las fuentes literarias.

En esta misma línea se sitúa el estudio *topográfico* de J. Debergh (“Ombre et lumières sur la topographie de la Cathage punique: les errances de Byrsa”, pp. 91-99), que, partiendo de los datos arqueológicos, se enfrenta a las opiniones “revolucionarias” de Garbini y Ferron sobre la topografía de Cartago; esta ciudad habría que buscarla en otro lugar: al sur del *tophet* (Garbini) o en Sidi Bu Said (Ferron). Este apoya su teoría en una interpretación de *mq qrt*-Amilcar inaceptable filológicamente, en mi opinión, y contradicha por todo el contexto arqueológico del lugar. La opinión de Garbini carece de toda verosimilitud. – De topografía se ocupa también D. Marcotte (“Origines puniques de la topographie romaine”, pp. 239-244), comentando la influencia de la obra del cartaginés Magón sobre los topógrafos clásicos posteriores. La tradición posterior árabe sobre Cartago y sus ruinas es recogida por Z. van Laer (“La ville de Carthage dans les sources arabes des XI<sup>e</sup>-XIII<sup>e</sup> siècles”, pp. 245-258).

Diversos estudios se ocupan de la *historia* de la ciudad. Así M. Fantar (“L’impact de la présence phénicienne et de la fondation de Carthage en Méditerranée occidentale”, pp. 3-14) ofrece una breve exposición genérica del influjo que supuso la presencia fénico-púnica en el Mediterráneo Occidental y, en particular, del influjo de Cartago en el desarrollo económico, social y cultural de la Africa del Norte. – De los orígenes de la ciudad se ocupa C. Picard (“L’essor de Carthage aux VII<sup>e</sup> et VI<sup>e</sup> siècles”, pp. 43-50), elencando los elementos arqueológicos que documentan su actividad a partir del siglo VIII al VI. – Por su parte, dos estudios se ocupan del influjo de Chipre en aquellos primeros momentos de su historia: los de C. Baurain (“Le rôle de Chypre dans la fondation de Carthage”, pp. 15-27) y A. M. Bisi (“Chypre et les premiers temps de Carthage”, pp. 41). El primero analiza las fuentes griegas que parecen referirse más bien en su conjunto a la Qarthadast de Chipre, reutilizadas luego por los autores latinos según su peculiar interés. El segundo, por su parte, después de recoger los datos históricos y culturales pertinentes, se centra en el análisis de los elementos arqueológicos que certifican el influjo chipriota en la arquitectura, plástica y cerámica cartaginesas.

Tres contribuciones se refieren a la estructura *política, social y económica* de Cartago. G. Ch. Picard (“Le pouvoir suprême à Carthage”, pp. 119-124) discute la estructura del poder en la ciudad a partir de principios de siglo V, centrándose en la actuación de Amilcar y en la función del *basileus* como suprema autoridad militar permanente, elegido de por vida en razón de su “carisma”. – Por su parte, P. Bordreuil y A. Ferjaoui (“À propos des ‘fils de Tyr’ et des ‘fils de Carthage’”, pp. 137-142) analizan algunos textos que

califican a ciertos personajes de *bn šr*, expresión que haría referencia a la implantación en Cartago de familias originarias de Tiro. – Finalmente, Yu. B. Tsirkin (“The Economy of Carthage”, pp. 125-135) repasa las relaciones comerciales de Cartago con sus vecinos mediterráneos, el desarrollo de su producción (acuñación de moneda, manufacturas diversas, minería, agricultura, ganadería) y la estructura de su organización (grandes latifundios de la aristocracia, actividad de comerciantes-armadores, explotaciones mineras, presencia de pequeños agricultores y artesanos, utilización de esclavos). Ofrece finalmente una síntesis que conjuga el factor económico con el de la organización social de base aristocrática y oligárquica.

El aspecto *religioso* es tocado, más o menos directamente, sólo en tres contribuciones. E. Lipiński (“Sacrifices d’enfants à Carthage et dans le monde sémitique oriental”, pp. 151-185 [con dos apéndices en los que presenta diez estelas ya conocidas del museo de Cracovia y una inédita, perteneciente a una colección privada]) analiza las fórmulas que definen los, para el autor demostrados, “sacrificios de niños”, teniendo en cuenta los nuevos datos que sobre la edad y sustitución de las “víctimas” aportan los estudios arqueológicos y osteológicos realizados sobre los huesos de las urnas funerarias del *tophet* de Cartago. Distingue así el sacrificio de primogénitos, expresado con la base \**ntn*, mientras los sacrificios “votivos” se indicarían con bases como as. *šarāpu*, hb. \**ndr*, *h<sup>c</sup>lh*, *h<sup>c</sup>byr b<sup>c</sup>š*; diferencia que el autor encuentra confirmada en las inscripciones del *tophet* cartaginés (fen. *ytn/ndr*). Las urnas del siglo VII reflejarían el primer tipo de sacrificio, mientras las del IV el segundo; y se confirmaría la teoría de la función de “control demográfico” que tal práctica tenía, dada la mayor frecuencia de víctimas animales substitutorias en los primeros tiempos en Cartago en lugar del primogénito. El sacrificio de éste vendría determinado por su “debilidad”, que le convertía en conveniente víctima sacrificial. No puedo dejar de expresar mi total desacuerdo con esta línea argumental, tanto en su aspecto lingüístico como socio-religioso; desacuerdo que espero poder razonar más adecuadamente en otro lugar, extensivo a los dos textos ugaríticos que se aducen. – Por su parte M. G. Amadasi Guzzo (“Dédicaces de femmes à Carthage”, pp. 143-149) presenta una clase especial de dedicatorias del *tophet*, hechas por mujeres, unas 406, centrándose en el análisis de los datos sociológicos que ofrecen las inscripciones: significación de la dedicante femenina y posible reconstrucción genealógica de su familia y de la de su marido. Este análisis es un modelo, elaborado dentro de un proyecto más amplio en curso, de clasificación de todas las inscripciones cartaginesas, cuya culminación esperamos con sumo interés, dada la reconocida pericia de la autora en estas lides. – Por fin, M. Le Glay (“Nouveaux documents, nouveaux points de vue sur Saturne Africain”, pp. 187-237) reúne un *corpus* de unos 90 documentos nuevos (inscripciones o estatuas) que completan la síntesis elaborada por él en 1966 sobre Saturno y su culto en Africa del Norte. En los mismos éste aparece extendido más allá de Africa, se explicitan sus víctimas, rituales y oficiantes, y se perfila mejor la idea que del dios se hacía su feligresía africana: bajo los rasgos de Júpiter aparece la figura de Baal.

En el campo de los estudios de detalle dos colaboraciones se ocupan de las improntas en *ánforas*, una del punto de vista de la tipología cerámica (J. Lund, “Two Late Punic Amphora Stamps from the Danish Excavations at Carthage”, pp. 101-112) y otra del de su interpretación epigráfica (F. O. Hvidberg-Hansen, “The Interpretation of Two Late Punic Amphora Stamps from Carthage”, pp. 113-118).

Es evidente que el presente volumen no alcanza a cubrir, ni siquiera a sistematizar, toda la problemática que la historia y civilización cartaginesas plantean; como fruto de un coloquio dedicado específicamente a Cartago, yo diría que en ese sentido se queda corto. Quizá las contribuciones sobre los últimos trabajos arqueológicos sean las más enriquecedoras.

G. del Olmo Lete

F. Mazza – S. Ribichini – P. Xella, eds., *Fonti classiche per la civiltà fenicia e punica*. I. Roma 1988, Consiglio Nazionale delle Ricerche, 21,5 × 30, pp. 158.

Aquest llibre es presenta com la primera part d'un projecte d'arreglega i publicació en original –grec o llatí– de tots els textos clàssics que d'alguna manera alludeixin a persones o fets relacionats –històricament o mítica– amb fenicis i púnics. Els textos aplegats en aquest primer volum –tots en grec, perquè no arriba a l'època hel·lenística– semblen ser tots els que fan al cas, la impressió és acurada i el llibre, de format gran, resulta tipogràficament reeixit.

Vist que els textos es presenten sense traducció ni comentari, és bona idea la d'haver publicat també els escolis, quan se'n coneixen, als passatges adduïts com a fonts, però no és tan bona idea la d'haver fet imprimir primer totes les fonts i després de totes els escolis: de manera que els escolis queden en el llibre lluny dels passatges que expliquen o comenten. Un altre inconvenient és que el text sigui només reproduït d'una edició, sense crítica ni tan sols aparat crític –i força més greu que sovint l'edició de la qual s'ha reproduït el text no sigui de bon tros ni la més ajornada ni la millor possible. Són útils, això sí, els índexs, perquè permeten de cercar informacions concretes.

Els textos hi són presentats en ordre cronològic, des d'Homer a Anaxímenes, i podria passar-se per alt que un text com l'extret del *certamen* d'Homer i Hesíode hagi estat col·locat després d'Hesíode –de més a més, el passatge en qüestió es refereix a Homer, de manera que, si de cas, hauria estat més bé immediatament després d'Homer–, tot i que és més difícil d'excusar que un text de la *Vita Aesopi* hi hagi estat imprès a continuació. La grossa, però, és que un poema de les *Anacreòntiques*, el 35 (= 54 Preisedanz), hi hagi estat imprès abans de Ferecides a la pàgina 36 i que hi aparegui com a “Fr. 52 Bergk” i explícitament anomenat “frammento”; tot plegat podria fer pensar que els responsables de l'edició no han sabut distingir entre Anacreont i les *Anacreòntiques*.

C. Miralles

F. Pecchioli Daddi – A. M. Polvani, *La mitologia ittita*, Brescia 1990, Paideia Editrice, pp. 185.

En la serie *Testi del Vicino Oriente antico*, es el presente libro el que inicia los trabajos dedicados a las literaturas del Asia Menor, dirigidos por la profesora Fiorella Imparati. En él se presenta una selección de los textos mitológicos hititas más completos y también de aquellos que, siendo fragmentarios, son imprescindibles en cualquier estudio sobre mitología hitita, como las propias autoras apuntan en la *Avvertenza*.

El libro consta de una parte introductoria (pp. 7-36), los textos en traducción italiana con sus correspondientes estudios preliminares (pp. 37-176), un repertorio de nombres divinos (pp. 177-181) e índices (pp. 183-185).

La introducción (pp. 7-28) analiza con rigor el contexto cultural de la mitología hitita, mostrando tanto las interpretaciones clásicas (Güterbock, Otten, etc.) que ven en esta mitología una yuxtaposición de elementos “anatolios” –principalmente háticos– por un lado, y “extranjeros” –ya sean hurritas o mesopotámicos– por otro, como el punto de vista (Grottanelli, Xella, Hoffner) que subraya la indudable originalidad de las manifestaciones culturales hititas, poniendo en tela de juicio el análisis tradicional de las relaciones entre mito y ritual. Es de destacar también el análisis de los diversos términos que los propios escribas consignaban en las tablillas para referirse a las composiciones míticas: *mugawar*, *uddar*, *SĪR*. No desaprovechan las autoras la ocasión de exponer los argumentos y la problemática de otros mitos, o mejor

dicho, de otras versiones hititas de mitos de origen extra-anatolio, sobre todo los cananeos y mesopotámicos, aun cuando no se presenten en esta antología. Completan esta parte introductoria la advertencia preliminar (acerca de los criterios de selección, el método de transcripción y los signos diacríticos utilizados, pp. 29-30), una tabla cronológica de los reyes hititas (pp. 31-32) y la lista de abreviaturas y siglas (pp. 33-36).

Los textos (pp. 37-176) constituyen una gran parte de los clasificados en el *Catalogue des textes hittites* (CTH) de Laroche en el capítulo *Mythologie* (n<sup>os</sup> 321-370), más el mito bilingüe hático-hitita de *La luna que cayó del cielo* (CTH 727). Además de éste, se incluyen los siguientes: *El mito de Illuyanka* (CTH 321), *La desaparición del Sol* (CTH 323), *El mito de Telipinu* (CTH 324), *Telipinu y la hija del Mar* (CTH 322, no como aparece, por error, en la pág. 87, asignado al CTH 260), *La desaparición del dios de la tempestad del cielo* (CTH 325), *La realeza celeste o Teogonía* (CTH 344), *El mito de Hedammu* (CTH 348), *El canto de Ullikummi* (CTH 345), *La historia de Appu* (CTH 360) y *La historia de la vaca, el dios Sol y el pescador* (CTH 363). En su mayoría ya eran accesibles al lector de habla hispana desde la edición de A. Bernabé Pajares (*Textos literarios hititas*, Madrid 1979, 2<sup>a</sup> ed. 1987), a excepción de los pequeños trozos correspondientes a *El dios de la tempestad en Lihzina* (E. Laroche, n.º 331), los fragmentos de *mugawar* del CTH 332, *El dios de la reina Ašmunikal* (CTH 326), *El dios de la reina Hapapšili* (CTH 327), *El dios del escriba Pirwa* (CTH 328) y la *Desaparición del dios de la tempestad de Kuliwišna* (CTH 329), todos ellos incluidos en el capítulo dedicado al dios de la Tempestad; tampoco presentaba Bernabé la traducción de la parte ritual que enmarca el mito de *La luna que cayó del cielo*.

Cada uno de los textos va precedido de la lista de tablillas de que se compone, una bibliografía esencial, desglosada en transcripciones, traducciones y comentarios, y un estudio preliminar que se puede considerar en muchos casos una verdadera puesta al día sobre los problemas de cada texto, tanto filológicos como interpretativos.

La traducción, en todo momento apoyada por las abundantes y documentadas aclaraciones a pie de página, es, en la mayor parte de los casos, literal, precisa y respetuosa con el estilo y el tono de los textos originales. Únicamente se pueden encontrar esporádicas traducciones que se alejan en parte del original, en aquellos pasajes cuya traducción literal podría resultar extraña a ojos de un lector moderno. Así, en el *Mito de Illuyanka*, se lee (p. 50) como traducción de [nu<sup>DU</sup>]ᵍ*pal-ḫa-aš a[n-d]a-an i-ḫa-a-da' i-[e-et]* (KBo III 7 i 17-18): “e li ri[empi] fino all'orlo”, es decir, “y los llenó (los vasos) hasta el borde”, cuando la traducción literal sería: “y d[ent]ro de las vasijas h[izo] abundancia”. En el *Mito de Telipinu* (tercera versión) se opta (p. 87) por traducir el problemático pasaje *nu-uš ḫa-at-ga-nu-ut ḫa-ap-pa-mu-uš ḫ* [a<sup>2</sup>- (KBU XXXIII 10 i 11) como “li transformò in letti rocciosi”, que en castellano sería “los transformó (los ríos) en lechos rocosos”, cuando otra interpretación podría ser, siguiendo a Götze, “les hizo saltar (sus) riberas”, mientras Otten, en *Die Überlieferungen des Telipinu-Mythus* (p. 34), deja el verbo sin traducir. Podría haberse hecho notar, por ejemplo con un signo de interrogación, que el pasaje no permite dar una traducción tan segura como la que aquí presenta Polvani. Se puede mencionar, asimismo en la *Teogonía*, un caso (p. 129) en que el original no tiene correspondencia en la traducción (en este caso de Pecchioli): *ma-a-an ú-li-iš-ta ma-a-an* <sup>D</sup>*Ku-mar-bi-iš ŠA* <sup>D</sup>*A-nu LÚ-na-tar kat-ta-pa-aš-ta* (KUB XXXIII 120 i 26) “Quando Kumarbi ebbe inghiottito la virilità di Anu...” (“Cuando Kumarbi hubo ingerido la virilidad de Anu”), donde vemos que *ma-a-an ú-li-iš-ta*, que sería algo así como “cuando (la virilidad) se deslizó” o “se alojó (se entiende, dentro de las entrañas de Kumarbi)”, se ha dejado sin traducir. La expresión <sup>D</sup>*Ku-mar-bi-iš-za ḫa-at-ta-tar ZI-ni pi-an da-aš-ki-iz-zi*, que se repite con ligeras variantes a lo largo del *Canto de Ullikummi*, opta Polvani por traducirla como “Kumarbi riflette dentro di sé” o “fra sé” (“Kumarbi reflexiona dentro de sí”); una traducción literal sería algo como “Kumarbi está tomando sabiduría ante/en su mente”, aunque es, sin duda, menos comprensible.

El repertorio de nombres divinos (pp. 177-181) es útil como guía de la lectura, aunque quizá hubiera sido mejor presentarlo también como índice, para localizar los nombres en los textos a partir del reper-

F. Mazza – S. Ribichini – P. Xella, eds., *Fonti classiche per la civiltà fenicia e punica*. I. Roma 1988, Consiglio Nazionale delle Ricerche, 21,5 × 30, pp. 158.

Aquest llibre es presenta com la primera part d'un projecte d'arregla i publicació en original –grec o llatí– de tots els textos clàssics que d'alguna manera al·ludeixin a persones o fets relacionats –històricament o mítica– amb fenicis i púnics. Els textos aplegats en aquest primer volum –tots en grec, perquè no arriba a l'època hellenística– semblen ser tots els que fan al cas, la impressió és acurada i el llibre, de format gran, resulta tipogràficament reeixit.

Vist que els textos es presenten sense traducció ni comentari, és bona idea la d'haver publicat també els escolis, quan se'n coneixen, als passatges adduïts com a fonts, però no és tan bona idea la d'haver fet imprimir primer totes les fonts i després de totes els escolis: de manera que els escolis queden en el llibre lluny dels passatges que expliquen o comenten. Un altre inconvenient és que el text sigui només reproduït d'una edició, sense crítica ni tan sols aparat crític –i força més greu que sovint l'edició de la qual s'ha reproduït el text no sigui de bon tros ni la més ajornada ni la millor possible. Són útils, això sí, els índexs, perquè permeten de cercar informacions concretes.

Els textos hi són presentats en ordre cronològic, des d'Homer a Anaxímenes, i podria passar-se per alt que un text com l'extret del *certamen* d'Homer i Hesíode hagi estat col·locat després d'Hesíode –de més a més, el passatge en qüestió es refereix a Homer, de manera que, si de cas, hauria estat més bé immediatament després d'Homer–, tot i que és més difícil d'excusar que un text de la *Vita Aesopi* hi hagi estat imprès a continuació. La grossa, però, és que un poema de les *Anacreòntiques*, el 35 (= 54 Preisedanz), hi hagi estat imprès abans de Ferecides a la pàgina 36 i que hi aparegui com a “Fr. 52 Bergk” i explícitament anomenat “frammento”; tot plegat podria fer pensar que els responsables de l'edició no han sabut distingir entre Anacreont i les *Anacreòntiques*.

C. Miralles

F. Pecchioli Daddi – A. M. Polvani, *La mitologia ittita*, Brescia 1990, Paideia Editrice, pp. 185.

En la serie *Testi del Vicino Oriente antico*, es el presente libro el que inicia los trabajos dedicados a las literaturas del Asia Menor, dirigidos por la profesora Fiorella Imparati. En él se presenta una selección de los textos mitológicos hititas más completos y también de aquellos que, siendo fragmentarios, son imprescindibles en cualquier estudio sobre mitología hitita, como las propias autoras apuntan en la *Avvertenza*.

El libro consta de una parte introductoria (pp. 7-36), los textos en traducción italiana con sus correspondientes estudios preliminares (pp. 37-176), un repertorio de nombres divinos (pp. 177-181) e índices (pp. 183-185).

La introducción (pp. 7-28) analiza con rigor el contexto cultural de la mitología hitita, mostrando tanto las interpretaciones clásicas (Güterbock, Otten, etc.) que ven en esta mitología una yuxtaposición de elementos “anatolios” –principalmente háticos– por un lado, y “extranjeros” –ya sean hurritas o mesopotámicos– por otro, como el punto de vista (Grottanelli, Xella, Hoffner) que subraya la indudable originalidad de las manifestaciones culturales hititas, poniendo en tela de juicio el análisis tradicional de las relaciones entre mito y ritual. Es de destacar también el análisis de los diversos términos que los propios escribas consignaban en las tablillas para referirse a las composiciones míticas: *mugawar*, *uddar*, *SîR*. No desaprovechan las autoras la ocasión de exponer los argumentos y la problemática de otros mitos, o mejor

dicho, de otras versiones hititas de mitos de origen extra-anatolio, sobre todo los cananeos y mesopotámicos, aun cuando no se presenten en esta antología. Completan esta parte introductoria la advertencia preliminar (acerca de los criterios de selección, el método de transcripción y los signos diacríticos utilizados, pp. 29-30), una tabla cronológica de los reyes hititas (pp. 31-32) y la lista de abreviaturas y siglas (pp. 33-36).

Los textos (pp. 37-176) constituyen una gran parte de los clasificados en el *Catalogue des textes hittites* (CTH) de Laroche en el capítulo *Mythologie* (n<sup>os</sup> 321-370), más el mito bilingüe hático-hitita de *La luna que cayó del cielo* (CTH 727). Además de éste, se incluyen los siguientes: *El mito de Illuyanka* (CTH 321), *La desaparición del Sol* (CTH 323), *El mito de Telipinu* (CTH 324), *Telipinu y la hija del Mar* (CTH 322, no como aparece, por error, en la pág. 87, asignado al CTH 260), *La desaparición del dios de la tempestad del cielo* (CTH 325), *La realeza celeste o Teogonía* (CTH 344), *El mito de Hedammu* (CTH 348), *El canto de Ullikummi* (CTH 345), *La historia de Appu* (CTH 360) y *La historia de la vaca, el dios Sol y el pescador* (CTH 363). En su mayoría ya eran accesibles al lector de habla hispana desde la edición de A. Bernabé Pajares (*Textos literarios hititas*, Madrid 1979, 2<sup>a</sup> ed. 1987), a excepción de los pequeños trozos correspondientes a *El dios de la tempestad en Lihzina* (E. Laroche, n.º 331), los fragmentos de *mugawar* del CTH 332, *El dios de la reina Ašmunikal* (CTH 326), *El dios de la reina Hapapšili* (CTH 327), *El dios del escriba Pirwa* (CTH 328) y la *Desaparición del dios de la tempestad de Kuliwišna* (CTH 329), todos ellos incluidos en el capítulo dedicado al dios de la Tempestad; tampoco presentaba Bernabé la traducción de la parte ritual que enmarca el mito de *La luna que cayó del cielo*.

Cada uno de los textos va precedido de la lista de tablillas de que se compone, una bibliografía esencial, desglosada en transcripciones, traducciones y comentarios, y un estudio preliminar que se puede considerar en muchos casos una verdadera puesta al día sobre los problemas de cada texto, tanto filológicos como interpretativos.

La traducción, en todo momento apoyada por las abundantes y documentadas aclaraciones a pie de página, es, en la mayor parte de los casos, literal, precisa y respetuosa con el estilo y el tono de los textos originales. Únicamente se pueden encontrar esporádicas traducciones que se alejan en parte del original, en aquellos pasajes cuya traducción literal podría resultar extraña a ojos de un lector moderno. Así, en el *Mito de Illuyanka*, se lee (p. 50) como traducción de [nu<sup>DU</sup>]G<sup>pal</sup>-ḫa-aš af[n-d]a-an i-ja-a-da' i-[e-et] (KBo III 7 i 17-18): “e li ri[emp]i fino all’orlo”, es decir, “y los llenó (los vasos) hasta el borde”, cuando la traducción literal sería: “y d[ent]ro de las vasijas h[izo] abundancia”. En el *Mito de Telipinu* (tercera versión) se opta (p. 87) por traducir el problemático pasaje *nu-uš ya-at'-ga-nu-ut ya-ap-pa-mu-uš u* [a<sup>2</sup>- (KBU XXXIII 10 i 11) como “li transformò in letti rocciosi”, que en castellano sería “los transformó (los ríos) en lechos rocosos”, cuando otra interpretación podría ser, siguiendo a Götze, “les hizo saltar (sus) riberas”, mientras Otten, en *Die Überlieferungen des Telipinu-Mythus* (p. 34), deja el verbo sin traducir. Podría haberse hecho notar, por ejemplo con un signo de interrogación, que el pasaje no permite dar una traducción tan segura como la que aquí presenta Polvani. Se puede mencionar, asimismo en la *Teogonía*, un caso (p. 129) en que el original no tiene correspondencia en la traducción (en este caso de Pecchioli): *ma-a-an ú-li-iš-ta ma-a-an* <sup>D</sup>Ku-mar-bi-iš ŠA <sup>D</sup>A-nu LÚ-na-tar kat-ta-pa-aš-ta (KUB XXXIII 120 i 26) “Quando Kumarbi ebbe inghiottito la virilità di Anu...” (“Cuando Kumarbi hubo ingerido la virilidad de Anu”), donde vemos que *ma-a-an ú-li-iš-ta*, que sería algo así como “cuando (la virilidad) se deslizó” o “se alojó (se entiende, dentro de las entrañas de Kumarbi)”, se ha dejado sin traducir. La expresión <sup>D</sup>Ku-mar-bi-iš-za ḫa-at-ta-tar ZI-ni pí-an da-aš-ki-iz-zi, que se repite con ligeras variantes a lo largo del *Canto de Ullikummi*, opta Polvani por traducirla como “Kumarbi riflette dentro di sé” o “fra sé” (“Kumarbi reflexiona dentro de sí”); una traducción literal sería algo como “Kumarbi está tomando sabiduría ante/en su mente”, aunque es, sin duda, menos comprensible.

El repertorio de nombres divinos (pp. 177-181) es útil como guía de la lectura, aunque quizá hubiera sido mejor presentarlo también como índice, para localizar los nombres en los textos a partir del reper-

torio. Completan el volumen el índice de términos comentados (pp. 183-184), incluyendo sumerogramas y palabras acacias, y el índice general (p. 185).

En fin, tenemos ante nosotros un libro de gran interés para el filólogo clásico y el historiador de la religión, por las evidentes analogías entre varios mitos hititas y griegos: la *Teogonía* hitita frente a la versión de Hesíodo; *Telipinu* y los mitos de dioses que desaparecen y regresan, en relación con los ciclos estacionales; *Ullikummi* frente a Tifón, etc. Como se puede ver, cabría hacer sólo pequeñas observaciones de detalle en la traducción –donde entre en juego muchas veces la subjetividad del traductor–, siempre discutibles, que en nada hacen sombra al magnífico trabajo que las autoras nos presentan.

J. García Trabazo

Ch. Sturtewagen, *The Funerary Papyrus Palau Rib. Nr. Inv. 450* (Estudis de papirologia i filologia bíblica 1). Barcelona 1991. Institut de Teologia Fonamental, 16,5 x 23,5, pp. 45 + lám. 3.

El primer volumen de los *Estudis de papirologia* publica con esmero un papiro egipcio de época romana. Es evidente que este manuscrito es una réplica tardía del Libro de los muertos y el autor lo relaciona con su capítulo 145, aunque más exacto hubiera sido referirse a los capítulos 145 y 146 en los que se enumeran los portales (*sbhwt*) que atraviesa el difunto cuando recorre el mundo inferior. Estos dos capítulos están en medio de otros dos (los números 144 y 147) que se refieren también a los portales, pero dándoles el nombre de *rywt*.

Las viñetas del Libro de los muertos reproducen estas puertas. Cada una de ellas está guardada por un genio sentado que tiene en la mano una escoba, como conviene al portero encargado de mantenerla limpia. Otras veces está armado con uno o dos cuchillos para impedir la entrada a los espíritus hostiles. Muy a menudo el genio guardián está fuera de la puerta, sentado o en pie, pero mirando siempre hacia ella, y *siempre en la dirección del inicio del capítulo*. Las numerosísimas copias del Libro de los muertos representan un número variable de puertas, pueden ser doce, dieciocho, veinte. Parece ser que nunca son más de veintiuna.

Todo esto se ve sin dificultad en los ejemplares bien conservados y debería permitir interpretar y situar correctamente los fragmentos sueltos del pap. Palau Rib. 450. El autor reparte los fragmentos en tres láminas desplegadas. La tercera contiene un gran fragmento que se puede colocar, sin que haya lugar a dudas, detrás de una buena parte de los fragmentos publicados en las láms. 1 y 2. En efecto, en el borde derecho de este fragmento se ve una puerta (la última de la serie) en cuya inscripción, mal conservada, el autor propone leer el número veinte. Quizás se deba leer veintiuna, porque en la fotografía parece verse una huella muy leve de tinta detrás del 20. Para estar seguros habría que consultar el original, cosa que el autor no parece haber hecho, al menos no lo advierte en su texto. Las dos primeras láminas reproducen los otros fragmentos en desorden. No es útil enumerar aquí todos los errores de localización: bastará hojear algunos ejemplares publicados del Libro de los muertos y aplicar los principios de orientación mencionados un poco más arriba para colocar en su justo lugar todos, o casi todos, los fragmentos.

Es fácil demostrar con unos pocos ejemplos que la reconstrucción del papiro es inexacta. El orden de las puertas va de derecha a izquierda, puesto que los guardianes miran hacia la derecha. En el primer fragmento de la lám. 1 se encuentra la “puerta 11”. En el segundo fragmento se encuentran dos puertas; el número de la primera ha desaparecido, la segunda es “la puerta 10”. Como ninguna puerta puede encontrarse entre la 10 y la 11, es evidente que hay que cambiar el orden de estos dos fragmentos: [“puerta 9”], “puerta 10”, “puerta 11”. El autor lee “puerta 9 (?)” en la primera puerta del tercer fragmento de esta

lámina y el sentido común dice ya que esta lectura es un error. La verdadera lectura es  "puerta 7", con una *t* que indica que el número cardinal ha tomado el género de *sbht* "portal" (en egipcio y en copto los numerales poseen una forma masculina y otra femenina para poder adaptarse al género del sustantivo que determinan). Otros ejemplares del Libro de los muertos utilizan aquí los ordinales acompañados de *nw* o de *mh*. Nuestra crítica puede extenderse a los otros fragmentos de la lám. 1.

En la lám. 2 ha sido colocado en medio de las puertas un fragmento que nada tiene que ver con ellas. La viñeta representa la diosa del árbol (Nut la Grande) dando de beber al difunto. Esta viñeta ilustra los capítulos 57-59 del Libro de los muertos, "la fórmula para respirar la brisa y para disponer de agua en el cementerio". Los cuatro fragmentos publicados al final (a la izquierda) de esta lámina no están bien situados: habría que colocarlos delante o detrás de la serie de puertas (probablemente detrás).

Se dice con razón, en la pág. 19, que no es fácil interpretar los textos funerarios y que se debe afrontarlos sin aspirar a la perfección. Un poco más adelante, pág. 26, se lamenta el poco interés que ha suscitado hasta ahora el estudio de las ilustraciones del Libro de los muertos. Esta falta de interés es muy relativa y, aunque la deplore, el autor dedica escasa atención a las viñetas del papiro que publica. Hubiera sido fácil comparar estas viñetas con las que ilustran el papiro casi contemporáneo (ptolemaico) de Turin publicado por Lepsius, *Das Todtenbuch der Ägypter* (1842) y en fotografía por B. de Rachewiltz, *Il libro dei morti* (1958). Obras especializadas han sido publicadas recientemente y el autor no ha podido consultarlas: A. Niwinski, *Studies on the Illustrated Theban Funerary Papyri of the 11th and 10th Centuries B. C.* (OBO 86, 1989); H. Milde, *The Vignettes in the Book of the Dead of Neferenpet* (1991).

Muy a menudo no se justifica suficientemente la traducción o se omiten otras alternativas de traducción. El comentario ignora varias implicaciones mitológicas: por ejemplo, un fragmento de la lám. 3 parece referirse al viaje nocturno de Re que recorre de noche el mundo inferior para visitar el cadáver de Osiris y cerciorarse de su buen estado. Pero estos son, en cierto modo, detalles secundarios y la contribución del autor a la traducción de textos tan difíciles debe ser saludada como se merece.

J. López

P. Xella, *Baal Hammon. Recherches sur l'identité et l'histoire d'un dieu phénico-punique* (Contributi alla Storia della Religione Fenicio-punica -I = Collezione di Studi Fenici, 32). Rome 1991, (Consiglio Nazionale delle Ricerche) 22 x 32, pp. 251 + fol. XII.

Le *Baal Hammon* de P. Xella inaugure dans la fameuse collection des *Studi Fenici* une série de monographies centrées sur la religion phénico-punique. C'est l'ultime avatar d'une étude qui a été entreprise à des fins d'enseignement. Et c'est un livre qui fera date car si l'on excepte les éléments liés à Ba'al Hammon et délibérément écartés par l'auteur que sont le rite MLK et la personnalité de la déesse Tanit, il réunit pour la première fois et de façon systématique, toute la documentation actuellement disponible susceptible d'aider à mieux cerner la personnalité du dieu ou à résoudre l'énigme de son nom.

Cette documentation occupe les deux premiers tiers de l'ouvrage, représentés par les ch. II et III (l'Introduction constitue le ch. I), l'exploration de nouvelles voies de recherche faisant l'objet du troisième constitué par le ch. IV. Mais, on en est informé d'entrée de jeu (p. 25), elle est abordée dans une perspective qui se veut historique -au détriment donc d'une étude étymologique qui, dans la logique de l'auteur, ne saurait constituer qu'un dernier recours- et elle est exploitée dans une démarche progressive ponctuée par des bilans partiels (en particulier p. 83sq., 127sq., 229sq.).

L'auteur dresse donc d'abord dans le chapitre II, un inventaire des différentes attestations, représentations ou évocations du nom ou de la personne du dieu dans le monde phénico-punique en s'efforçant, chemin faisant, d'en tirer des enseignements. Il recense ainsi tout un matériel qui émane de cet univers (figurines, bijoux, monnaies et ex-voto surtout) ou d'autres qui lui sont partiellement ou totalement étrangers (inscription phénicienne de Zendjirli, sceaux hébraïques, anthroponymes néo-assyriens, mais aussi textes grecs, romains, chrétiens...) (p. 31sq.). Il s'agit là d'une documentation volumineuse et paradoxalement indigente qui n'est que très illusoirement grossie par des épigraphes innombrables mais de teneur identique, de lecture mal assurée ou d'interprétation difficile (inscriptions dédicatoires essentiellement), et par des figurations nombreuses mais de variété limitée, d'identification incertaine ou d'interprétation hypothétique (symboles ésotériques, personnages en majesté): l'auteur le déplore à maintes reprises et à bien juste titre.

En dépit de cette situation, il tente courageusement de déterminer la place de Ba'al Hammon au sein du panthéon phénico-punique, de saisir sa nature, de définir ses attributions, de décrire son apparence. Et c'est ainsi qu'il dégage, après bien des déchirements d'ailleurs entre ses scrupules et ses enthousiasmes, le portrait évolutif d'une divinité ouranienne de tout premier plan –pour l'Occident du moins– mais non suprême, divinité ancestrale originaire de la Syrie-Palestine du Bronze récent, non poliade, initialement protectrice du pouvoir royal puis de la famille populaire, garante de fécondité et communément présente soit sous la forme d'un symbole, soit sous les traits d'un vieillard barbu, coiffé d'une tiare et équipé d'un sceptre, trônant entre deux sphinx et bénissant. Une telle description est assurément très plausible; elle deviendrait incontestable dès lors que l'on disposerait de textes sûrs, explicites et spécialement édifiants sur la nature des rites pratiqués dans les tophets ou de vestiges portant à la fois et en relation l'image et le nom du dieu, tous documents qui n'ont malheureusement pas été découverts à ce jour.

Dans le chapitre III, l'auteur passe ensuite en revue et discute, mais régulièrement pour les écarter, les interprétations majeures qui ont pu être proposées au fil du temps du nom divin, à savoir: dieu du H̄MN (âtrement dit Milkašart) (p. 143-144); Zeus Ammon (p. 145-146); Seigneur du Mont Amanus (p. 147-157); dieu de l'autel des parfums (p. 165-166). Il évoque également de quelques mots la toute récente proposition de M. H. Fantar de le traduire par "Baal notre protecteur", mais estime que cette solution se heurte à d'insurmontables difficultés d'ordre philologique (p. 166).

Dès la première partie de son étude (p. 38-39, 70, 87), P. Xella s'était appuyé sur une inscription algérienne porteuse de l'expression B<sup>c</sup>MN (El Hofra 106) pour émettre l'hypothèse, très séduisante et qui allait lui servir de fil conducteur, que l'élément H̄MN entrant en composition dans le nom du dieu, pût désigner "un élément cultuel" (p. 87), "une espèce de petit temple, une chapelle, un édicule ou un naiskos (contenant) l'image divine" (p. 70). Le chapitre IV est donc pour lui l'occasion de développer sa thèse afin de parfaire le profil antérieurement esquissé du dieu. Il fait appel pour cela à toutes celles des langues apparentées au phénicien –ougaritique, hourrite, palmyrénien, nabatéen, hébreu– qui ont eu recours au terme H̄MN ou à la racine dont il est issu. Et toute cette étude comparative est du plus haut intérêt car elle embrasse une aire culturelle immense. Elle invite à la discussion. En effet, pour être difficilement lisibles ou dépourvus de contextes éclairants, les documents qu'elle invoque sont souvent eux-mêmes d'interprétation délicate; ces derniers relèvent de sphères spatialement ou chronologiquement éloignées de Carthage et l'on peut imaginer que selon les lieux, une même racine originelle a coexisté avec une racine homologue ou a donné naissance, au terme d'évolutions divergentes, à des sens différents. On glosera sans doute enfin, sur le rapprochement fait entre les formes B<sup>c</sup>MN et B<sup>c</sup>LH̄MN lues dans la même inscription (El Hofra 106 citée plus haut) et sur la présence donc du même élément H̄MN sous deux graphies différentes.

Récusant les assimilations antérieures, à un brûle-parfums notamment ou au Mont Amanus, les "Conclusions" qui ferment l'ouvrage entérinent l'identification proposée par l'auteur, de H̄MN à "une sorte de chapelle, de petit temple et/ou peut-être de baldaquin" (p. 229). Elles suggèrent en outre que le

ḪMN ait été associé non “à une divinité spécifique mais plutôt à un type spécifique de figure divine” (p. 230) (dont Ba<sup>al</sup>) qui entretiendrait avec les fidèles un rapport particulier dont les caractéristiques sont déduites d’un certain nombre de données fournies par Ougarit, Zendjirli ou l’Ancien Testament.

Il es clair que le livre de P. Xella constituera désormais un outil indispensable pour tout chercheur intéressé par le grand dieu punique et soucieux de lui arracher sa part de mystère. Car il a le double mérite d’offrir, en se référant de façon exhaustive aux meilleures sources, un point précieux sur un sujet controversé –où manquent hélas! encore tellement de repères–, et de rénover par d’intéressantes considérations une recherche déjà ancienne.

H. Benichou-Safar